

PAPEL EN PORTADA

TAN CERCA DE LAS ESTRELLAS

Por Lucas Sáez-Bravo

Como cada domingo por la tarde, llegó su *Hasta la cocina*. Y que sirvan sus últimas palabras escritas para poner en valor lo que Vicente Salaner fue al periodismo deportivo y al baloncesto: un pionero, un centinela, una referencia, un crítico tan afilado que hasta en su Real Madrid escuchó. Un maestro. Cuentan que fue una visita de aquellos gigantes del equipo de baloncesto blanco al hospital donde el niño Víctor estaba ingresado un día de Reyes lo que encendió para siempre su doble pasión, por las canastas y por el club.

«Todos éramos mejores jugadores de baloncesto cuando éramos jóvenes y flacos de lo que se pudiera colegir viéndonos viejos y gordos. Yo jugaba de chupón impenitente. También de palomero oficial. Ni corría ni saltaba bien, y no defendía ni con la mirada. Pero, si me dejaban medio metro, las clavaba», me respondió hace años a un *mail* en el que me interesé por sus inicios. No hay muchas noticias de sus virtudes en la pista, pero sí de su relación con el basket, potenciada por su presencia en los 70 en la Universidad de Columbia, nada menos que en uno de los barrios más activos de Nueva York (aunque él siempre fue tan de los Celtics como del Madrid) en una época de pura ebullición para las canastas.

Antes había vivido en Suiza, hijo de diplomático, y allí fue testigo en 1962 de otro momento crucial, la primera final europea del Madrid de Pedro Ferrándiz, «un joven, hiperactivo y muy menudo entrenador, que parecía llegar a la altura de la cintura de alguno de sus pupilos», ante los soviéticos del Dinamo de Tiflis en terreno neutral. Y así lo recordaba en una de sus columnas: «El padre del chaval, viejo amigo de Saporta, le propuso que su hijo sirviese de guía e intérprete para el equipo durante la semana que pasó en Ginebra preparando la final. Como recompensa, Saporta y Ferrándiz tuvieron la deferencia de dejarle ver el partido desde el banquillo del equipo. Era el primer encuentro de baloncesto que el chico veía en su vida, y allí, vibrando con las proezas de Emiliano Rodríguez y Wayne Hightower, y pese a la postrera derrota, nació su pasión por el más espectacular de los deportes colectivos. Y nacieron unas amistades para toda la vida».

Víctor, perdón, Vicente, era capaz de hablarte de la ferocidad de un entrenamiento de los Knicks de Bernard King y Hubie Brown a finales de 1984 en el Loyola-Marymount College de Los Ángeles (previa a su partido contra los Lakers) o de aquella exhibición de tiro de Rik Smits en el Garden neoyorquino en los 90. Porque él había estado presente. Como seis años tomando estadísticas «en la mesita del Pabellón de la Ciudad Deportiva», labrando una amistad imperecedera con Ferrándiz, que, al no hablar inglés, le utilizaba para ojear jugadores estadounidenses e incluso cerrar sus contrataciones, como fue el caso de dos leyendas como Wayne Brabender y Walter Szczerbiak. En 1967, el todavía universitario Bill Bradley pasó por Madrid (estudiaba en Oxford con una beca y el Simmenthal de Milán le había fichado), Vicente le entrevistó en el vestuario y fue publicado en la sección de deportes de *Pueblo*.

Pero si muchos recuerdan a Salaner es por su sabiduría en un programa tan efímero como mítico que comenzaba con el *Faith* de George Michael. En la primera emisión de *Cerca de las estrellas*, junto a Ramón Trecet y Esteban Gómez, allí estaba él, un 7 de febrero de 1988 comentando un Boston-Milwaukee. Pocos sabían tanto de NBA como él en los 80.

Una conversación con Salaner era como escuchar a Edward Bloom en *Big Fish*. Te contaba como su amigo Mike Fratello le pidió consejo sobre jugadores europeos para rellenar las últimas elecciones de los Hawks en el *draft* (y ahí apareció José Antonio Montero en 1987, con el 113) o cómo trajo a una selección USA para el 50 aniversario del Real Madrid y en octubre de 1981 llegaron a la capital Moses Malone, Kevin McHale, Artis Gilmore... En las imágenes se le puede ver, con sus inconfundibles gafas, en el túnel de vestuarios. E incluso cómo influyó en que el ahora presidente de la ACB Antonio Martín no pudiera jugar con la Universidad de Pepperdine, a la que envió faxes y documentos evidenciando su



condición de profesional: el Madrid había perdido a su hermano rumbo a los Blazers y no podía permitirse el lujo de una plantilla con sólo Romay y Bradson como pivots.

Salaner escribió en aquellos fascículos ochenteros llamados *Mi baloncesto* y, por supuesto, en *Gigantes*. Fue fundamental en el nacimiento y la consolidación del programa *Tirando a Fallar* (EsRadio)... Como todo lo que fue en su vida, su relación con el baloncesto resultó infatigable. Ya apenas acudía a ver baloncesto en directo, pero en 2015 me pidió ir como acreditado a la Final Four en Madrid en la que los blancos reconquistarían la Euroliga.

Descanse en paz, Salaner, tan cerca de las estrellas.

EL SUCULENTO LEGADO DE FERNANDO POINT

Por Juan Manuel Bellver

Para qué quieres conocer a Fernando Point?», me increparon la primera vez que pregunté por él, en 1993, al entrar en EL MUNDO. «Porque lo admiro y colecciono sus artículos, es el mejor escritor gastronómico que existe», respondí con vehemencia veinteañera. Entonces no sabía que dicho seudónimo, alusivo al chef francés Fernand Point, pertenecía a Víctor de la Serna Arenillas, fundador y miembro de la dirección del periódico, un personaje admirado y temido en aquella redacción de Pradillo 42, por su aspecto entre distraído y severo y su percepción rigurosa.

Ayer se nos fue un gigante del periodismo, activo hasta el último aliento, individualista y pasional, tras una trayectoria ejemplar, durante la cual llegó a erigirse como el mejor crítico de restaurantes y de vinos de su época y hasta dio rienda suelta a su vocación de bodeguero con el audaz proyecto de Finca Sandoval en La Manchuela, mientras cultivaba varios heterónimos que, al modo de Pessoa, parecían a veces tener vida propia. «Fernando Point es un colectivo», solía recalcar para suscitar cierto halo de misterio. Lo fuera o no, sus acólitos teníamos la certeza de que él iluminaba todos los textos con su verbo preciso.

Víctor no solo poseía un conocimiento enciclopédico de las cocinas del mundo, adquirido en sus años de estudios en Suiza o Nueva York y perfeccionado en sus viajes a las capitales occidentales, sino que combinaba dicha erudición casi circense con una curiosidad permanente y una escritura rítmica, ágil y concisa, salpimentada con cierta ironía anglosajona, a ratos nostálgica, siempre evocadora. Leer cada viernes su página de *Metrópoli* era, para muchos, una cita muy personal con ese prescriptor de referencia

al cual confías, no solo tu digestión, sino el éxito o el fracaso de la cena.

Primero héroe, luego maestro y mentor, finalmente un amigo muy querido, a su lado algunos afortunados aprendimos a disfrutar de los vinos de culto de la Vieja Europa y del Nuevo Mundo, así como a reconocer la grandeza histórica del Rioja o el Jerez y a adivinar que el futuro del viñedo nacional se hallaba en manos de un puñado de alocados soñadores, empeñados en cultivar cepas en peligro de extinción en laderas impracticables. Catador de prestigio internacional, Robert Parker llegó a proponerle que se uniese a *The Wine Advocate*, pero él no quiso renunciar a esa bodega que, en los últimos años, terminaría vendiendo a su pesar.

Reacio a los eventos sociales, se entusiasmaba en cambio compartiendo su pasión en un pequeño círculo de confianza con una franca generosidad: anécdotas, encuentros, vivencias... Amaba comer y beber y lo revivía al contarlo. Parecía llevar todo ese bagaje en los genes al haber tenido como padres a dos gastrónomos reconocidos.

Para nosotros, era como un hermano mayor sabihondo, disfrutón, introspectivo y un poco cascarrabias, al que venerábamos y evitábamos disgustar. Aquellas cenas que organizábamos en los albores del 2000, en las que catábamos como una veintena larga de vinos aportados por todos, fueron tan mitificadas gracias al incipiente internet que empezamos a recibir peticiones de desconocidos procedentes de los países más remotos. Enseguida, Víctor intuyó la proyección que esto podía tener y convenció a los mandamases de Unidad Editorial para fundar *elmundovino*, que fue durante dos décadas el más prestigioso portal vitivinícola escrito en lengua castellana.

Cronista privilegiado de la revolución del vino y de la cocina española durante el último medio siglo, representaba un modelo de periodista en peligro de extinción, ajeno a la presión de la industria y de los índices de audiencia, romántico a su manera –adoraba el *blues*–, valiente e insobornable. En los últimos tiempos, disfrutaba más con casas de comidas olvidadas o ignotos comedores chinos de Usera que con la cocina de vanguardia, que le aburría.

«Tienes que escribir tus memorias de *gourmet*», le sugería yo hace muy poco, pero se escabullía arguyendo que ya no tenía ganas ni tiempo. A falta de libros que le hagan justicia, el succulento legado que nos deja Fernando Point son unos miles de artículos sobre *La mesa y el mantel* –como se tituló durante años su sección semanal– que ojalá algún editor hedonista se anime a rastrear algún día. Textos rebosantes de conocimiento que avivan el apetito y contagian el ansia de lanzarse a la calle a devorar la vida. Sin él, ya nada será igual.